

## X

## EL GOLFO DE BAYES

Agripina consiguió lo que iba á exigir de la evenenadora Locusta : era una especie de pasta que se podia disolver perfectamente en una pebre. Al dia siguiente servian al emperador Claudio setas rellenas; Claudio gustaba con frenesí de las setas; devoró todo el contenido del plato. No tenia nada de particular que muriera Claudio de indigestion habiéndose comido él solo un plato de setas que hubiera hartado á seis personas. Pero Claudio no moria. Claudio sentia una gran pesadez en el estómago. Hizo llamar á su médico, un médico griego muy hábil, á fé mia, llamado Xenophon. Este médico le mandó abrir la boca y le tocó en la garganta con las barbas de una pluma envenenada. Claudio murió.

Se anunció en Roma que Claudio estaba mejor.

Despues de haber hecho de Claudio un dios, era preciso hacer de Neron un emperador. Hé aquí lo que era Neron : en aquella época tenia quince años; al nacer se habia presentado, segun Plinio, por los piés, lo cual era un signo de desgracia; pero todavía era un signo mayor de desgracia haber nacido de Dionisio y Agripina : este era el parecer de su mismo padre. Felicitándole por el nacimiento del jóven Lucio, previendo los cortesanos en él un destino feliz para el mundo : « Sois muy amables, dijo Domicio, pero dudo mucho que pueda nacer nada bueno de Agripina y mia. »

Domicio no se habia engañado : Neron era un niño terrible? No le faltó educacion : por el contrario, tenia á su lado á Séneca que le habia enseñado el griego y el latin; Burro que le enseñó la táctica militar y la esgrima. Cantaba como el histrion Diodoro; bailaba como el bufoa Páris; guiaba un carro como Apolo. Así que, mas que otra cosa, tenia la pretension de ser artista. Neron cantor, Neron bailarín, Neron cochero primero, Neron emperador despues.

Esto no impidió que sintiese gra júbilno por la muerte de Claudio, ni que hiciese lo necesario para birlar el mundo á su primo Británico. Verdad es que para conseguirlo no tenia que trabajar mucho, le bastaba dejar obrar á Agripina; se contentó con decir, cuando supo que el último plato que habia comido Claudio era un plato de setas, que las setas eran el manjar de los dioses. La frase no era muy cariñosa refiriéndose á su padre adoptivo, pero era chistosa : hizo fortuna.

Sin embargo, Neron no habia subido al trono para inventar frases: tenia á su lado á Narciso y Tigelo que le impelian á hacer otra cosa. Por otra parte, las pasiones comenzaban á fermentar en aquella jóven cabeza, porque á su corazon jamás se aproximaron. Tenia amores secre-

tos, que favorecia su preceptor Séneca prestándole el nombre de uno de sus cuñados. Agripina lo supo, y esto la dió mucho en que pensar. Comenzaba á comprender que la lucha seria mas obstinada que lo que habia creído al principio; queria atemorizar á Neron por un cambio, y dirigió su vista á Británico.

Entonces fué Neron quien salió una noche del Palatino. ¿Con quién? No se sabe; acaso con su amigo Othon, aquel futuro emperador de Roma, con el cual Neron en sus orgías nocturnas iba á llamar á las puertas y apalear á los transeuntes. A su vez, se dirigió á casa de Locusta. Encontró á la pobre mujer temblando: habia recibido el aviso de que debia ser presa al dia siguiente. Se empezaba á sospechar que vendia venenos; ¿y de quién provenia este sospecha?; De Agripina!

Neron la tranquilizó y la prometió su proteccion; pero á condicion de que le daria un agua que matase instantáneamente.

La noche se pasó en cocer yerbas; á la mañana habia ya dos redomitas de agua limpida y cristalina como el cristal de roca. Locusta propuso hacer el ensayo en un esclavo, pero Neron hizo observar que un hombre no tenia la constitucion bastante robusta, y que era preciso buscar algun animal de resistencia. Un jabalí gruñia hozando en el patio: Locusta se le enseñó á Neron. Vertieron una de las redomitas en un plato lleno de salvado, y se le hicieron comer al jabalí, que murió como si hubiese sido herido por el rayo.

Neron volvió á palacio. Comia ordinariamente en la misma habitacion que Británico, pero no en la misma mesa. Cada uno de los dos jóvenes tenia un criado para probar de todo, que bebia antes que ellos de todos los liquidos que se les ofrecia; que comia antes que ellos de todos los platos que se les servian. Británico tomaba las bebidas tibias; estaba algo delicado. El que probaba

su bebida y comida, despues de haber bebido de la tercera parte del liquido, le presentó de intento una bebida que el jóven encontró demasiado caliente. « Echad agua fria, » dijo Británico alargando su vaso. Le echó el agua preparada por Locusta. Británico bebió sin desconfianza. ¿No acababa de beber su criado antes que él? Mas apenas habia bebido lanzó un grito y cayó hácia atrás.

Agripina dirigió una rápida mirada á Neron, al mismo tiempo que este por su parte la miraba: estas dos miradas se cruzaron como dos espadas. La madre y el hijo no tenían nada que enseñarse; la madre y el hijo no tenían nada que echarse en cara; la madre y el hijo eran digno uno de otro.

Ahora ya la cuestion se reducía á esto. ¿Seria la madre quien se atreveria á matar al hijo? ¿Seria el hijo quien se atreveria á matar á la madre?

Ni uno ni otra se hubieran atrevido acaso, si no se hubiera mezclado á aquel ódio una tercera mujer.

Esta mujer era Sabina Poppea, la mas hermosa de Roma despues de haber hecho matar Agripina á Lolía Paulina; y como esta, era coqueta como si hubiese tenido necesidad de coqueteria. Nunca salia sin velo, jamás le levantaba sino á medias, y cuando marchaba de Roma para ir á Tivoli ó Bayes, hacia que la llevasen cuatrocientas burras que la proveian la leche para los tres baños que se daba diariamente.

Sabina Poppea habia tenido lo que nosotros llamariamos una juventud borrascosa. Othon la encontró temporalmente casada, dice Tácito, con un caballero romano llamado Ruffo Crispinio; Othon la robó á aquel marido provisional, y se casó con ella. Como hemos dicho, Othon era el camarada de Neron. Este, yendo á casa de Othon, vió á su mujer; entonces envió á Othon á España. Othon partió sin resistencia: conocia á su amigo Neron.

Pero no consistia todo en alejar á Othon para llegar á ser

el amante de Poppea. Esta sabia ser prudente cuando podia sacar provecho. Amándola Othon, se habia casado con ella. César la amaba, pues bien, que Cesar hiciese lo mismo. César estaba casado con Octavia : era necesario, pues, dejar á Octavia. Agripina se opondría á esta nueva union : pues tambien era preciso desembarazarse de Agripina. Por otra parte, no comprendía Poppea cómo podia César conservar á Octavia, aquella eterna llorona que no hacia mas que gemir por la muerte de Claudio y de Británico. Tampoco comprendía Poppea cómo sufría César el dominio de su madre, que escuchaba las deliberaciones del senado oculta tras una cortina, y continuaba reinando como si César fuese todavía un niño. Esto no podia continuar así.

Estando Agripina en Antio, recibió una carta de su hijo, en que la invitaba á irse á reunir con él en Bayes. — « No podia, decia, permanecer mas tiempo lejos de tan buena madre : la habia hecho agravios, y queria hacérselos olvidar. »

Un adivino habia predicho á Agripina, que si su hijo llegaba á ser emperador, su hijo la mataria. Agripina habia despreciado la profecía del adivino, y Neron reinaba. Despreció tambien los consejos de Pallas que la decia no fuese á Bayes : ella fué á aquel sitio. Encontró allí á Neron mas tierno, mas respetuoso, mas sumiso que nunca. Creyó que acaso podria vencer á Poppea. Esta era su idea constante. Agripina cenó con Neron. Los dos habian pensado en el veneno, pero tambien pensaron los dos en el contraveneno.

Terminada la cena, dijo Neron á Agripina que no queria volviere á Antio. Tenía una villa á tres millas de allí, cerca de Bauli : allí era donde Neron queria que se estuviese para que no se alejase de él. Y tal era su determinacion en aquel punto, que habia mandado disponer una galera para trasportarla allí. Agripina aceptó.

A las diez el hijo y la madre se separaron; Neron con-

dujo á Agripina hasta la playa; esclavos iban alumbrando con antorchas; detrás de ellos iban los músicos que habian tocado durante la cena. Así que llegaron á la costa, Neron besó á su madre en las manos y en los ojos; en seguida permaneció allí, no solo hasta que la vió entrar en la galera, sino aun hasta que la galera levó ancla y se alejó.

Agripina estaba sentada en el camarote : Creperello, su servidor favorito, estaba en pié delante de ella. Aurronia, su liberta, estaba á sus piés. Centelleaban las estrellas en el cielo, la mar estaba tranquila como un espejo. De pronto se hundió el puente : Creperello queda aplastado, pero una viga sostiene los maderos por encima de la cabeza de Agripina y de Aurronia; en aquel momento siente Agripina hundirse el piso bajo sus piés, salta al agua seguida de Aurronia, gritando para que la salven : « Soy Agripina ! salvad á la madre de César ! » Apenas ha pronunciado estas palabras se levanta un remo y vuelve á caer hiriéndola en la cabeza. Agripina adivina todo; se sumerge sin pronunciar una palabra, no sale á la superficie mas que para respirar, vuelve á sumergirse otra vez, y mientras los asesinos la buscan, viva para acabar con ella, muerta para llevar su cadáver á Neron; nada vigorosamente hacía tierra, llega á la costa, se dirige á pié á su villa, se hace reconocer de sus esclavos, y se arroja en su lecho.

Entretanto, la buscan, la llaman desde la galera; las gentes que habitan la costa saben que Agripina ha caído en el mar y que no ha vuelto á aparecer; inmediatamente toda la poblacion acude á la costa con hachas encendidas; lánzase las lanchas en el golfo para ir en socorro de la madre del César; los hombres se arrojan á nado llamándola, otros que no saben nadar se meten en el agua hasta el pecho; echan cables, estienden las manos. En aquel momento de peligro han recordado que Agripina es la hija de Germánico.

Agripina ve aquellos testimonios de amor; se tranquiliza encontrándose en medio de un pueblo que la es devoto: comprende que no podrá por largo tiempo ocultar su presencia, y hace comunicar que se ha salvado; la multitud rodea entonces la villa dando gritos de alegría; Agripina se presenta, el pueblo da gracias á los dioses.

Neron ha sabido todo casi en el mismo momento; un mensajero de Agripina ha ido á decirle que se ha salvado. Agripina ha querido hacer creer á su hijo que está convencida que todo aquello no es mas que un accidente en el que la voluntad de Neron no habia tenido parte alguna.

¿Qué hará Neron? Neron concibe y dirige bastante bien un crimen; pero si por una circunstancia cualquiera aborta el crimen, pierde Neron fácilmente la cabeza, y no sabe hacer frente al peligro. Agripina con los vestidos empapados, los cabellos pegados al rostro, Agripina refiriendo la tentativa de asesinato á que no ha escapado sino por milagro, puede sublevar al pueblo, decidir á su favor á los pretorianos, marchar contra Neron. Al menor ruido, Neron tiembla. Entregado á sí mismo, no tomará ninguna decisión, no sabrá hacer mas que esperar y temer. Envía á buscar á Séneca y Burro. Los dos, el guerrero y el filósofo, le dieron acaso un buen consejo.

— ¿Quién ha aconsejado el crimen? preguntaron despues de ser consultados.

— Aniceto, el gefe de la flota de Mesina, responde Neron.

— Que Aniceto acabe, pues lo que ha empezado, dicen Séneca y Burro.

Aniceto no espera á que se lo digan dos veces; parte con una docena de soldados.

¿Qué os parece de esos dos esclentes pedagogos? Tal como veis, eran despues de Thraseas los dos hombres mas honrados de su época, ¡Oh! ¡habian querido nombrar em-

perador á Séneca por sus altas virtudes! Ved sino á Tácito y Juvenal.

Agripina en tanto, se ha vuelto á tender en el lecho: tiene consigo una esclava solamente. De repente cesan los gritos de la multitud, resuena en las escaleras el rumor de las armas, la esclava que está con Agripina se escapa por una puerta secreta; Agripina va á seguirla, cuando la puerta de la habitacion se abre. Agripina se vuelve y ve á Aniceto.

Al verle, y por el modo como entra en la habitacion de su emperatriz, Agripina adivina todo. No obstante, finge no temer nada.

— Si vienes para saber de mi de parte de mi hijo, vuelve y dile que me he salvado.

Uno de los soldadas se adelanta entonces, y estando todavía hablando Agripina, la da un palo en la cabeza.

— ¡Oh! dijo Agripina levantando las manos al cielo, ¡oh! jamás creeré que Neron sea un parricida.

Por toda respuesta, Aniceto desenvaina su espada.

Entonces Agripina, con una accion sublime de impudencia, arroja lejos de sí la cubierta de la cama, y enseñando su vientre desnudo, aquel vientre que hubiera querido castigar por haber llevado á Neron:

— *¡Feri ventrum!* ¡Hierre en el vientre! dice.

Y recibe cuatro ó cinco estocadas, de que muere sin exhalar un grito.

¿No es hasta el fin la mujer que os he dicho? ¿no ha muerto como ha vivido?

En cuanto á Neron, seguidme breves momentos. Neron todavía no ha completado su obra: todavía no ha dado muerte mas que á Británico y Agripina; es preciso que mate á Octavia. Pero era difícil matar á Octavia precisamente por su misma debilidad, Agripina luchaba contra Neron; en la lucha se ha resbalado su pié en la sangre de Claudio, y ha caído. ¡Pero Octavia! ¿cómo degollará á es-

ta tímida oveja? ¿cómo ahogará á esta blanca paloma? Es la única mujer de Roma á quien la calumnia no se ha atrevido á manchar.

Sus esclavos son llevados al tormento para que declaren si ha cometido algun crimen ignorado por el que se la pudiese castigar. Sus esclavos murieron sin atreverse á acusarla. Fué preciso entonces recurrir á Aniceto. Estando en un banquete, cuando Neron, coronado de rosas, llevaba con la cebeza el compás á los músicos que cantaban, entró Aniceto, se arrojó á los piés de Neron, y exclamó que vencido por los remordimientos, iba á confesar al emperador que era el amante de Octavia.

¡Octvia, aquella casta criatura, querida de un Aniceto! Nadie creyó esta monstruosa acusacion; pero: qué le importaba al César: buscaba un pretexto y eso era todo. Aniceto fué desterrado á Cerdeña, y Octavia á Pandataria.

Y pocos dias despues intimaron á Octavia que era preciso morir.

La desventurada jóven que tan pocos dias felices habia gozado en la vida, se horrorizaba sin embargo, á la idea de la muerte; prorumpió en llanto, tendiendo sus manos á los soldados, implorando á Neron, no ya como su mujer, sino como su hermana, conjurando su clemencia en nombre de Germánico. Pero las órdenes eran terminantes; ni súplicas, ni lágrimas podian salvarla del crimen enorme de ser culpable de una virtud intachable. La cogieron los brazos, se los estiraron á viva fuerza, y la abrieron las venas con una lanceta: en seguida, como la sangre, coagulada por el espanto, no quisiera correr, se las cortaron con una navaja de afeitar. En fin, como aun asi no corría la sangre, la ahogaron en el vapor de un baño de agua hirviendo.

Poppea por su parte, habia dado sus órdenes á los asesinos; queria tener seguridad de que Octavia quedaba muerta; lleváronla su cabeza.

Entonces ocupó tranquilamente su lugar en el tálamo de Neron.

Neron en un momento de mal humor la matará algun dia de un puntapié.

Estábamos en el mismo sitio en que se habia verificado el drama terrible que acabamos de referir. Aquellas ruinas eran las que habian visto á Agripina sentada á la misma mesa que Neron; esa playa era aquella hasta la que el César habia conducido á su madre. Entramos en la lancha: estábamos en el golfo donde Agripina habia sido precipitada, y seguíamos la derrota que ella habia seguido á nado para abordar á Bauli.

Se enseña uno que llaman sepulcro que pasa por el sepulcro de Agripina; pero este estaba en el camino de Misena, cerca de la villa de Cesar. Ademas, el sepulcro de Agripina no tenia aquella dimension. Sus libertos la enteraron en secreto, y despues de la muerte de Neron la elevaron un monumento. Ahora bien, ese monumento de la piedad tardía era un sepulcro pequeño, *levem tumulum*, dice Tácito.

El golfo de Bayes debia ser una cosa maravillosa cuando sus costas estaban cubiertas de casas, sus colinas de árboles, sus aguas de navios; puesto que hoy que esas casas no son mas que ruinas, que sus colinas trastornadas por temblores de tierra, son áridas y abrasadas, que sus aguas están desiertas y silenciosas, Bayes es todavía uno de los puntos mas deliciosos del mundo.

La noche era magnífica. Desembarcamos en el mismo sitio en que estaba la villa de Agripina. El mar le ha cubierto; se buscarian, pues, allí inútilmente las ruinas. Despues, alumbrados por la luna, que se levantaba por detrás de Sorrento, ciudad situada frente á donde estábamos, al otro lado del golfo de Nápoles, nos internamos por el camino rodeado de sepulcros que conduce de la costa á la aldea de Boccola, la antigua Bauli. Era dia de fiesta, y la

alegría reinaba en aquella pobre aldea; se cantaba, se bailaba, y esto en medio de ruinas, en medio de monumentos cinerarios de un pueblo que desapareció, sobre aquel mismo suelo que habian hollado con sus plantas Manlio, César, Agripina, Neron; sobre aquel suelo á donde habia ido á morir Tiberio.

Si, el anciano Tiberio habia salido de su isla; visitaba á Bayes, donde acaso habia ido á tomar las aguas, cuando llegó á sus oídos el rumor de que algunos acusados, denunciados por él mismo, habian sido despedidos sin haber sido oídos. Esto se parecia terriblemente á una revolucion. Asi que Tiberio se apresuró á llegar á Misena, donde esperaba embarcarse para Caprea, su querida isla, su fiel retiro, su inespugnable fortaleza. Pero en Misena le faltaron las fuerzas, no pudo ir mas lejos. La agonía fué larga y terrible. El moribundo se aferraba á la vida, el anciano emperador no queria de ningun modo pasar á ser dios. Hubo un instante en que Caligula le creyó muerto; ya le habia sacado su anillo del dedo. Tiberio se incorpora y pide su anillo. Caligula huye azorado, temblando. Tiberio se baja del lecho, quiere perseguirle, vacila, llama; nadie responde, y cae sobre el pavimento. Entonces entra Macron, le mira, y como Caligula pregunta desde la puerta entornada qué es necesario hacer:

— Es muy sencillo, responde; echemos un colchon sobre este viejo esqueleto, y hemos concluido.

Esta fué la oracion fénebre de Tiberio.

Como hemos dicho, en el puerto Misena era donde estaba la flota romana. Plinio mandaba esta flota cuando se verificó el temblor de tierra en 79. De Misena fué de donde partió para ir á estudiar el fenómeno; llegado á Stabia, murió allí asfixiado.

## XI

UNA CORRIENTE DE AIRE EN NAPOLES.  
LAS IGLESIAS DE NAPOLES.

A pesar de la fatiga del dia, nuestra excursion por la tierra clásica de Virgilio, Horacio y Tácito habia tenido para nosotros tal atractivo, que propusimos Jadin y yo hacer una excursion semejante á Pompeya al dia siguiente; pero al oír aquella proposicion, puso Barbaja el grito en el cielo. Tenian que cantar Dupréz y la Malibran, y al empresario no le tenia cuenta perder seis mil francos de entrada por amor á la antigüedad. Quedó, pues, convenido que la excursion se dejaria para de allí á dos dias.

Lo acertamos, como se verá, en no oponernos al poder aristocrático del czar de San Carlos.

Volvimos á media noche á Nápoles con el tiempo mas

hermoso del mundo: ni una nube habia en el cielo, ni el mas leve movimiento en el mar.

A las tres de la mañana fui despertado por el estrépito de mis tres balcones que se abrian al mismo tiempo, y por los diez y ocho cristales que pasaban de sus engastes al suelo.

Salté de la cama, y me creí embriagado. La casa vacilaba. Pensé en Plinio el Antiguo, y no acomodándome á ser asfixiado como él, me vesti apresuradamente, cogí un candelero y me lancé á la meseta de la escalera.

Todos los huéspedes del señor Martin Zir hicieron lo mismo que yo; estaban todos á la puerta de su habitacion; vestidos mas ó menos completamente. Vi á Jadin que entreabria su puerta con una cerilla en la mano, y Milord entre sus piernas.

— Creo que hay corriente de aire, dijo.

La corriente de aire acababa de levantar el trecho del palacio del príncipe de San Teodoro con todos los criados que estaban en la azotea.

Todo se esplicaba ya: no habíamos tenido el gusto de ser amenazados por una erupcion: era sencillamente un huracan, pero un huracan como los hay en Nápoles, que no se parecen en nada á los de otro pais.

De unos setenta balcones, habian quedado intactos tres. Siete ú ocho tejados se habian abierto. Una grieta se estendia de alto á bajo en la casa. Ocho persianas habian volado; los criados corrian tras de ellas por la calle como se corre tras un sombrero.

Se contentaron con barrer las habitaciones, que estaban llenas de vidrios rotos; porque no habia que pensar en mandar á buscar á los vidrieros. En Nápoles nadie se incomoda á las tres de la mañana. Por otra parte, hubiese habido que volver á continuar diez minutos despues. Era pues, infinitamente mas económico limitarse por el momento á las persianas.

Yo era uno de los menos desgraciados: el viento no me habia arrancado mas que una. Verdad es que en cambio no me quedaba un cristal. Me parapeté lo mejor que pude, y traté de acostarme; pero los relámpagos y el trueno tomaron parte en la fiesta. Me refugí en el piso bajo, donde el viento habia chocado con menos violencia, y los estragos no habian sido tan considerables. Entonces empezó una de esas tempestades de que no tenemos idea alguna los habitantes del Norte; iba acompañada de un aguacero como solo en Calabria me han cogido: la reconocí como natural del mismo reino.

En un instante la villa Reale pareció ser continuacion del mar; el agua subió á la altura de las rejas del piso bajo, y entró en el salón. Al poco tiempo fueron á avisar al señor Martin que sus cuevas estaban llenas y los toneles bailaban un rigodon, habiéndose ya soltado cinco ó seis al llegar al adelante-dos.

A pocos momentos pasó un burro cargado de hortaliza arrastrado por el torrente; iba rectamente al sumidero seguido de su propietario, arrastrado como él. Al asno se le tragó el albañal y desapareció; el hombre, mas feliz, se agarró al pié de un reverbero y se mantuvo firme: se salvó.

El agua que cae en una hora en Nápoles, tardaria dos meses en caer en Paris; y aun seria preciso para eso que el invierno fuera muy lluvioso.

Como el espectáculo del burro arrastrado por la corriente, me hubiese erizado el cabello, y no dejaba de pensar en ello, me refirieron dos aventuras de la misma especie.

En la última ráfaga de viento que se habia verificado seis ú ocho meses antes, un oficial que iba al frente de su compañía, habia sido arrebatado por un arroyo al sumidero de un vasto edificio llamado la Serraglia; no se habia oido volver á hablar de él.

En la antepenúltima, que sucedió dos años antes, se verificó una cosa mas atroz é increíble. Una francesa, la señora de Conti, volvía de Capua en su carruage. Sorprendida por una tempestad como la que presenciábamos en aquel momento, quiso continuar su camino, en lugar de poner al abrigo su carruage en cualquier sitio donde pudiera estar con seguridad. En la pendiente de Capo de Chimo, encontró su camino cortado por un paseo que va al mar. Este paseo se habia convertido, no en un torrente, sino en un rio. Al verlo quiso el cochero retroceder asustado. La señora de Conti le manda siga adelante, el cochero se niega, se empeña una disputa, el cochero se baja del pescante y abandona el carruage. Entretanto el rio habia ido creciendo, y desaguaba estendiéndose en el camino trasversal en que está la señora de Conti; los caballos se espantan, dan cuatro pasos adelante, y se ven rodeados por el torrente que se precipita de Capo di Monte y de Capo di Chino; en un instante pierden terreno y son arrastrados ellos y el carruage; á los veinte pasos el carruage es hecho pedazos. Al dia siguiente encontraron el cadáver de la señora de Conti.

Por lo demas, en Nápoles hay una ventaja: dos horas despues de esta especie de diluvios, parece que no ha sucedido tal cosa, á no ser porque las calles se han limpiado, lo que no sucede jamás sino en semejantes circunstancias. Sin embargo, hay un dependiente encargado de la limpieza de las plazuelas; pero ese dependiente es invisible; se sabe que se llama *portulano*, y nada mas.

Se me olvidaba decir que, sin duda por no esponerse á los accidentes que acabamos de referir, en cuanto cae en Nápoles una gota de agua, todos los coches de alquiler huyen, escapando cada uno por su lado. Ni gritos, ni súplicas, ni amenazas, nada les detiene; se diría que era una bandada de pájaros en medio de los que se hubiese arrojado una piedra. Pero en cambio, cuando vuelve á

despejarse la atmósfera, es decir, cuando ya no hay necesidad de ellos, vuelven á colocarse en su sitio acostumbrado.

Otra costumbre de los cocheros napolitanos, es desenganchar los caballos para que coman; les ponen el haz de heno dentro del carruage y abren las dos portezuelas; cada caballo tira de su lado. Si entretanto se acerca algun parroquiano, el cochero le hace seña de que sus caballos están en su comida, y le envía á su colega.

Habiendo refrescado el tiempo y limpiándose las calles, quisimos aprovechar esta doble ventaja, y decidimos Jadin y yo emplear la mañana en escursiones pedestres. Habíamos descuidado el ver las iglesias, que en general son de una arquitectura muy mediana.

Comenzamos por la catedral: era de justicia. Por encima de la gran puerta interior, suspendido como el de Mahoma entre el cielo y la tierra, está el sepulcro de Carlos de Anjou. Ya he referido su historia en el *Speronare*. Este príncipe es el que quiso que su mujer tuviese una silla semejante á la de las tres reinas sus hermanas, y para conseguirlo, hizo rodar desde lo alto del cadalso la cabeza de Conradino. Frente á este rey asesino está un rey asesinado, pero en un sepulcro modesto, cual conviene á un príncipe húngaro que se propasa á reinar sobre los napolitanos. Este sepulcro es el de Andrés. El cadáver que duerme en él era en vida un bello é imprudente jóven que un día, sin duda por capricho, tuvo la ridicula pretension de querer ser rey porque era marido de la reina. Al dia siguiente del en que esta tontería le pasó por la imaginacion, encontró á la reina tan ocupada en una obra que ejecutaba, que se aproximó hasta su sillón sin ser visto. Trenzaba sedas de diferentes colores, y como Andrés no pudiese adivinar el objeto de aquel trabajo;

— ¿Qué estais haciendo, señora? preguntó.

— Un cordon para ahorcaros, mi querido señor, respondió Juana con su mas encantadora sonrisa.

De lo que sin duda viene el proverbio : « Decir la verdad riendo. »

Tres dias despues, Andrés era estrangulado con aquel encantador cordoncito de seda que su mujer, como le habia dicho, se habia tomado el trabajo de tejer ella misma con aquella intencion.

De la catedral pasamos á la iglesia de Santo Domingo. Aqui se encuentra uno en un edificio gótico, se conoce que el momento está consagrado al fundador de la Inquisicion : es triste, sólido y sombrío.

En esa iglesia es donde está el famoso crucifijo que habló á Santo Tomás. La imágen milagrosa es de Masuccio I. El santo temia haber cometido algun error en su *Suma* teológica, y llegó al pie del crucifijo atormentado por aquel temor, cuando el Cristo, viendo la inquietud de su siervo, quiso tranquilizarle y le dijo : *Bene scripsisti de me, Thomas; quam ergo mercadem recipies.* « Bien has escrito acerca de mí, Tomás, y te prometo que por ello recibirás la recompensa. »

Aunque el caso era nuevo y estraño, el santo no se desconcertó. — *Non aliam nisi te,* respondió : « No la quiero de otro que de vos mismo, señor. » Y el santo sintió era levantado de la tierra, como presagio de que muy pronto debia subir al cielo.

Lo que me llevaba sobre todo á la iglesia de Santo Domingo, era su sacristía con sus doce sepulcros, que contenian los doce reyes de la casa de Aragon. Cuando digo sus doce sepulcros deberia decir sus doce féretros : los cadáveres están echados con el rostro descubierto, tan bien embalsamados, como es posible por los Ganals de la época. Falta en la coleccion el último rey de la dinastía : como todos saben, fué á morir á Francia.

En medio de sus sepulcros, se ven otros dos que por no

ser de rey no dejan de ser muy curiosos. El uno es el de Pescara, que sitió á Marsella convenido á medias con el condestable de Borbon, y que espulsado por los marseleses, tomó una sangrienta revancha en Pavia. Encima de su sepulcro está su retrato, asi como su bandera desgarrada, y una espada corta y sencilla de acero, que se dice es la que Francisco I le entregó al rendirse, dos horas antes de escribir á su madre el famoso : *Todo se ha perdido menos el honor.*

El otro sepulcro, que es simplemente una maleta cuya llave tiene el sacristan en su bolsillo, contiene, segun aseguran, el cuerpo de Antonello Petrucci, ahorcado cuando la conspiracion de los barones. El que efectivamente sea Antonello Petrucci, el menos instruido, el mas ínfimo *lopo litterato*, como se llama generalmente á esta raza en Nápoles, puede negarlo; pero lo que no puede disputarse, es que hay alli un ahorcado, como lo demuestra su cuello dislocado, su boca contraida de través y todos los músculos de su rostro todavia crispados. Aunque colocado con cierto esmero, el cadáver conserva aun el traje con que fué ejecutado. Debo decir que el señor Antonello Petrucci me ha parecido sumamente feo. Verdad es que en vida probablemente seria mejor. El cadalso no embellece.

De Santo Domingo pasamos á Santa Clara. Santa Clara tiene tambien su coleccion de ilustres difuntos. Toda la iglesia fué pintada por Giotto Guitto, que hacia con el rey Roberto cosas tan graciosas, y que le representaba á su pueblo, no como el caballo sin freno que ha escogido por emblema, sino bajo la forma de un burro que busca una albarda. Pues bien, esa iglesia pintada por Giotto, ha encontrado otro asno enalbardado que la ha hecho borrar toda á fin de darla luz; toda, me engaño : una linda virgen, una santa Madona, uno de esos rostros tristes y cándidos, como los hacia Giotto, se ha librado del vandalismo.

En Santa Clara es donde yacen los Angevinos : aqule

bueno y anciano rey Roberto, que coronó á Petrarca, que hace juego con nuestro rey Renato, descansa allí en carne y hueso, presentado además dos veces en mármol : sentado y con su manto real ; tendido y con su hábito de franciscano.

Juana está pocos pasos de él : esa bella Juana que tegió el famoso cordon conyugal que sabeis. Está allí con una gran túnica de mucho valor, toda sembrada de flores de lis de Francia. En realidad, no era de la sangre de la casta madre de San Luis, á quien las poéticas indiscreciones de Thibaut no pudieron llegar á hacer mella, ¡hasta tal punto era su virtud una creencia pública, popular y casi religiosa ! Solo que la sangre se habia corrompido algo al pasar de las venas de la abuela á las de la nieta.

Desgraciadamente para la memoria de Juana, de la que hay mucho por qué murmurar, han tenido la imprudencia de enterrar á pocos pasos de ella al famoso Raimundo Cabane, el marido de su nodriza, ese miserable esclavo sarraceno que llegó á ser gran senescal, y que pagaba los honores con que le colmaba su querida, haciendo nudos corredizos en los cordones que ella trenzaba.

Si se quiere continuar pasando esta real y fúnebre revista, es preciso ir de Santa Clara á San Juan Carbonara. Es una iglesia pequeñita muy linda, de Masuccio I, que aparte de sus recuerdos históricos, merece ser visitada. En ella está el mausoleo de Ladislao y de su hermana Juana II. Ya sabeis cómo murió el uno y cómo vivió la otra. Y en realidad, ¡por qué un conquistador, un ambicioso que quiere ser rey de Italia piensa en enamorarse de la hija de un médico de Parma !

Florenia temió ser conquistada como Roma acaba-  
ba de serlo ; se la ocurrió entenderse con el médico. Un día la hija llegó desolada á quejarse á su padre de que su real amante comenzaba á amarla menos. Esta confidencia

era muy singular entre un padre y una hija, pero segun parece sucedia asi en el año de gracia de 1314.

La hija siguió puntualmente las instrucciones paternales : ocho dias despues el amante y la querida morian envenenados : la medicina era en aquella sazón una cosa muy buena.

Cerca de él, como hemos dicho, está su hermana Juana II. En Nápoles, segun parece, este nombre causa la desgracia á los maridos en primer lugar, á las mujeres despues, y por último y alternativamente á los amantes. Preguntad á Gianucci Carracciolo, que está enterrado á diez pasos de su querida.

Este, preciso es hacerle justicia, hizo todo lo posible por no aparentar que conocia le amaba su soberana, y por no encontrarse solo en presencia de Juana. por temor de darla ocasion de declararle sus sentimientos. Esto llegó á ser impertinente para la pobre mujer. Así que no quiso quedar mal. Lo que quiere la mujer Dios lo quiere, dice el proverbio. Juana queria ser amada, y deseaba oír la declaracion de aquel amor. Solo que se previno de un modo singular para que el proverbio no mintiese.

Una noche que se hablaba en la reunion de la reina de los desagradados instintivos con que los hombres mas valientes miran á ciertos animales, y cuando cada uno decia el suyo : este la araña, aquel el lagarto, otro el gato. Carracciolo preguntado, respondió que el animal mas antipático para él de la creacion, era el raton. Confesó que un raton le hacia huir al otro extremo del mundo. Juana no dijo nada, pero lo tuvo muy presente.

A los dos dias, yendo Carracciolo al consejo, y cuando atravesaba una larga galeria habitada por las damas de la reina, apareció de repente al extremo de la galeria un criado con una jaula llena de ratones. Carracciolo no se fijó ni en la jaula ni en los huéspedes que contenia, y continuó andando ; pero cuando estuvo á pocos pasos del

Iacayo, dejó este su jaula en el suelo, abrió la puerta, y todos los ratones salieron corriendo á derecha é izquierda con la velocidad conocida propia de este precioso animalito.

Carracciolo habia dicho verdad; tenia un odio, ó mas bien, un miedo profundo á los ratones. Así, apenas los vió hacer una escapatoria fuera de su domicilio, perdió la cabeza y huyó como un loco llamando á todas las puertas. Pero todas estaban cerradas, á escepcion de una sola que se abrió. Carracciolo se precipitó en la habitacion, y se encontró en presencia de su soberana. El pobre cortesano huyendo de un peligro imaginario, cayó en un peligro real.

No tuvo lugar de sentir su suerte. La reina le hizo sucesivamente gran senescal, duque de Avelino y señor de Capua. Habia querido ser príncipe de esta última ciudad; pero como era el título reservado á los herederos presuntos de la corona, la reina se lo habia negado. Entonces se fijó en el ducado de Amalfi y el principado de Salerno; pero esta última concesion presentaba, segun parece, alguna dificultad, porque un dia que esa eterna peticion causó una discusion mas viva que de costumbre entre Juana y Carracciolo, el amante olvidó la distancia que Juana habia salvado para llegar hasta él, y aplicó á la mejilla de su real querida un bofetón de mozo de esquina.

Sucede con los bofetones de gañan, como con los besos de la nodriza; se les oye de lejos. Cierta duquesa de Sessa, enemiga declarada de Carracciolo, oyó el ruido de aquel insolente bofetón; entró en la habitacion de Juana cuando Carracciolo salia, encontró á la reina llorando de vergüenza y de dolor.

Las dos mujeres permanecieron solas y encerradas la mayor parte del dia. Cuando las mujeres ponen manos á la obra son mas activas que nosotros; en dos horas todo quedó resuelto, principal y accesorios, hechos y detalles.

Al dia siguiente por la mañana, estando Carracciolo, todavía en la cama, oyó llamar á la puerta. Carracciolo, como se comprende, no tenia mucha confianza: era la primera vez que ponía la mano en la reina, y aquel desgraciado bofetón que no habia podido reprimir, le habia atormentado toda la noche. Por lo tanto, antes de abrir, empezó por preguntar quien llamaba.

— ¡Ah! respondió un page cuya voz era muy conocida de Carracciolo, porque era el page favorito de Juana, la reina acaba de ser atacada de una apoplejia, y S. A. no quiere morir sin veros.

Carracciolo calculó al instante, que en el momento de morir la reina, podia arrancarla lo que no habia podido obtener en sana salud, y abrió la puerta.

En el mismo instante se precipitaron sobre él cinco ó seis hombres armados, y sin que hubiese tenido tiempo de defenderse, le derribaron sobre su lecho, y le asesinaron á hachazos y estocadas; y despues de haberse asegurado de que estaba muerto, salieron sin pue nadie les incomodase en su sangrienta ejecucion.

Tres horas despues, cuando entraron en la habitacion del gran senescal, le encontraron tendido en tierra, medio vestido, con una sola media puesta, habiéndole dejado los asesinos en el mismo estado en que la muerte le habia sorprendido.

Repasad, uno despues de otro todos aquellos reyes, todos aquellas reinas, y todos esos cortesanos, y no encontrareis uno por cada cuatro que haya muerto del modo que Dios ha destinado al hombre á morir.